

CARLOS MATEO BALMELLI

Celos

LA BALA QUE
ASESINÓ AL ESTADISTA



Planeta

CARLOS MATEO BALMELLI

Celos

La bala que asesinó al estadista

 Planeta

Entre sombras

¿Estaba en sus cabales? ¿Por qué se citó con la muerte? ¿Por celos o por amor? ¿Será que el orgullo no renunció a la vanidad? Las experiencias dejan entrever que un hombre que mata a otro hombre por una mujer lo hace por celos. A la inversa, un hombre que perece por una mujer lo hace por amor. Murió y mató. ¿Cuál fue el *leitmotiv* del acto?

Escogió la hora y el lugar de su muerte, su verdugo y el arma que acabaría con su vida. Exonerado del azar, procedió según el dictado de sus vísceras. No esperaba el perdón de Dios. Caminó hacia su destino despojado de su pasado. En esa noche presumía que hallaría un solo instante, un momento en el que se encontraría consigo mismo para siempre. Adjudicó a la circunstancia la equidistancia y la exoneración de lo infinito, el razonamiento lo libraba de preguntar por el porqué de las cosas.

Empuñó, gatilló y apuntó a matar con las ansias de volver a sentir la plenitud de ser él mismo. Él era Eligio Ayala.

El laberinto interior

Dar las características de un diáfano estadista vuelve imprecisa su definición como ser humano. Al hombre de Estado se lo dimensiona en sus obras, impronta y pensamientos, mientras que al Eligio Ayala amante se lo juzga por un acto inadmisibile y abominable. Desentrañar su interioridad demanda un empeño laberíntico. No se inclinaba a la intimidad, no dosificaba un dolor ni compartía ración de su sufrimiento. En silencio arrastraba una sombra indeleble. Una muralla insondable marcaba su singularidad. Se deleitaba en soledades vagabundas. En solitario sus pensamientos buscaban ampliar su horizonte existencial y le indicaban la escala de valores y los retos. Coherente, actuaba según su *Weltanschauung*. Ni erraba ni era errático en el momento de tomar decisiones. En sus momentos de soledad lúcida escudriñaba cómo dotar de sentido a la vida. Precozmente se adueñó del talento de la desconfianza. Ponía oídos a los relatos de la guerra contra el Paraguay, que lo educaron en la percepción de que el género humano, con el pretexto de una causa noble, era capaz de difamar la vida y la belleza. En sus primeros contactos con extraños tomó conciencia de lo inusual de su personalidad. No desperdiciaba su tiempo de ocio en lo fatuo y ornamental. La temprana curiosidad lo

llevó a querer ir más allá de la superficie de las cosas. Nunca quiso ser devoto de la banalidad. Valoraba que, para trascender, había que mantenerse fiel a las leyes de la naturaleza. Para no acantonarse en la indolencia y sucumbir ante el nihilismo, había que extraer fuerzas de la cantera que llevamos dentro. Para cruzar el Rubicón, uno debía espolear. Intuía que se vivía fluctuando entre lo que nos potencia y lo que nos debilita. La violencia exterior la amortiguaba con voluntad: lo externo distrae pero no doblega.

En su fuero íntimo, la pereza lo dominaba en los momentos de preguntarse por las causas de sus pulsiones, emociones y deseos. No internó el *conócete a ti mismo* del oráculo delfico. Acreditaba que la soledad no traicionaba. Y que la vida representaba un experimento para quienes tenían el apetito de conocimiento. Acicateaba las ansias de conquistar sabiduría. Graduaba los estímulos del exterior y atenazaba las pasiones. Tenía la cabeza en el mundo y el mundo en su cabeza. Dirimía sus pensamientos con rapidez y vigor, pero antes de implementar sus decisiones, tamizaba sus ideas a través de la duda metodológica. Imponía rigor y seguía lo que lo condujera al hallazgo de la verdad meridiana.

Desde muy temprano sintió que el discernimiento era el camino hacia la felicidad. El conocimiento diluía la espesura del oscurantismo. Procuraba entender el mundo que lo rodeaba antes de examinarse él mismo a través del prisma de la verdad. Sin embargo, la vida de Eligio, a pesar del continuo ascenso, merece ser revisada paso a paso.

Los años de niñez fueron fastidiosos. Su infancia fue agua de pozo teñida con escasos momentos de alegría. Le gustaba la soledad completa, que simbolizaba el escondite de los secretos. No creció en la proximidad de los libros, sino en la

intimidad de ellos. Observaba el mundo sin matorrales y se hundía en honduras religiosas y contemplativas.

Ávido de conocimiento, Eligio pronto entendió que el medio rural achicaba el borde visual de la erudición. Entendía que entre malezas y vacas podía aprender algunas cosas, pero no todas las necesarias para desplegar su idoneidad. En ese entorno agreste no disponía de los maestros y las estanterías con libros para afirmarse en el mundo del discernimiento científico. Conjeturaba que se adquiriría conocimiento irrefutable en la civilización. Con el rigor metodológico era asequible la verdad. La razón no destilaba sus luces en lo telúrico. Había que dar el salto de lo tradicional a lo moderno. Decidió disciplinarse en lo verdadero a través de la lectura, la meditación y la escritura.

Encarnaba al lector voraz que apilaba los libros que deseaba leer. Devoraba las páginas y, con posterioridad, transcribía, ordenaba y fijaba sus ideas con lápiz y papel. Este hábito lo perfeccionó años más tarde en Europa. En cuadernos, escribía y resumía lo que había leído. A pesar de haber sido una persona de acción, la meditación fue un hecho gravitacional en su existencia. Volcado en sí mismo, se dedicaba a pulir teorías y derribar las fragilidades del facilismo ideológico. Descalificaba las pretensiones evolucionistas que fundaban la tesis de que la sociedad evoluciona a espaldas de la conciencia. El proceso se instigaba; nada mutaba por sí mismo. En oposición, pensaba que la razón planeaba y guiaba su evolución. El razonamiento divisaba el pensamiento vinculado a la solución de los dilemas de la realidad. Rechazaba los grandes sistemas filosóficos que nublaban las entendederas. Reñía con los filósofos que construían grandes mansiones, pero habitaban en la casita de al lado.

El Estado debía proponer las bases para que fermentara el genio de los individuos y del pueblo. Esta regla fue válida hasta el encuentro con Hilda Diez. Transitó la existencia siendo isla sin archipiélago. *A priori*, poseía una respuesta para los problemas del Estado. Pero existía un fuerte divorcio entre el pensamiento y los sentimientos.

Eligio Ayala encarnaba una voluntad de permanente insatisfacción. El *cursus honorum* impidió que se adaptara a una felicidad duradera. En las paredes íntimas de su ser no albergaba la opción de escrutar los enigmas de su existencia. No deseaba inventariar, tampoco sonsacar del corazón sus carencias. Las ausencias que le cupo sobrellevar validaron su autarquía. Forjó la idoneidad de saber estar a solas. El reconocimiento de la gente por su estelar actuación como ministro y presidente siempre fue su sostén. Fluía en él el amor por su madre, Manuela, y por su hermano, Emilio. La madre y el hermano eran su cable a tierra. Definitivamente, la ausencia del padre lo condicionó. Aprendió a no dejarse amar. Tenía dificultades para expresar el cariño y ejercer el querer. Estaba persuadido de que, defendiendo el interés común y los derechos de la mayoría, cumplía con la obligación de amar. Fue riguroso con él mismo y honesto con los demás.

En el mundo peregrinaba solo. A la orfandad paterna que sobrellevó en la infancia se sumarían el desarraigo y la separación de su estrecho núcleo familiar. Al inicio de su mocedad se vio obligado a separarse de su madre y de su hermano. La despedida fue un momento desgarrador y desolador. Tuvo que viajar a la ciudad de Encarnación para proseguir sus estudios de bachiller. Concluyó el bachillerato en el Colegio Nacional de la Capital, General Bernardino Caballero. Inmediatamente después, en 1900, comenzó la carrera de

Derecho en la Universidad Nacional, y terminó su formación jurídica en 1905. Ejerció fugazmente la función de fiscal del crimen y la judicatura de juez de primera instancia en lo civil. Fue electo diputado en 1907 y en 1908 asumió ese cargo representativo. Alcanzó la presidencia de la Cámara de Diputados en 1910. Su férrea oposición al caudillo militar Albino Jara, golpista y autoritario, le supuso autoexiliarse en la Argentina. Entre 1911 y 1919 permaneció en Europa, donde extendió y profundizó sus conocimientos de sociología, economía, finanzas y política. A pesar de las limitaciones económicas, la estadía en otros países le permitió adquirir el dominio de varios idiomas. Vivía en las bibliotecas. En ese período se fraguó en la disciplina de la escasez y se apropió de toda la teoría necesaria para sostener sus decisiones de estadista. El estallido de la Primera Guerra Mundial le imposibilitó volver. Durante su permanencia en el exterior no recibió ni un centavo de las arcas públicas. Forjó un rigor implacable consigo mismo.

En su laboratorio mental desmenuzaba el mosaico de las teorías. En las sobremesas meditabundas y en los soliloquios enfatizaba que las verdades debían ser refutadas para que la ciencia avanzara. Esta manera de pensar impedía que sus ideas devinieran en dogmatismos. No se inclinaba por ninguna suerte de relativismo, aunque no perdía de vista el ocaso de las verdades refutadas. Del empeño de la duda cartesiana infería que siempre habría tiempo para que una verdad revele su falsedad. Su estadía en el Viejo Mundo conllevó una insidiosa tristeza.

Donde más a gusto se sentía era en su biblioteca. Ni bien consumía una frugal cena, se trasladaba allí por horas. En las estanterías se amontonaban los conocimientos que punzaban sus ansias filosóficas. En compañía de los clásicos pasaba las

horas en las que se ausentaba del mundo, se inmunizaba contra el ritual de las contingencias y delineaba el diseño de sus políticas. En la intimidad, preguntaba a los autores clásicos sobre las motivaciones de sus acciones. Retirado en la paz de las penumbras intelectuales, conversaba con los difuntos y escuchaba con los ojos de los muertos. El rasgo pueril que durante toda su vida pervivió fue su sensibilidad y asombro por el descubrimiento de lo insólito. A pesar de apelar a los sarcasmos e ironías, no ostentaba aires de superioridad académica. Prefería materializar lo que pensaba a recibir aplausos lisonjeros.

El escribir era un acontecer, no un hacer. Declaraba que escribía para aprender. Lo hacía para él, prescindiendo de la bisutería académica. Los manuscritos de Ayala fueron publicados póstumamente por uno de sus hijos reconocidos y Eligio adquirió así la condición de escritor póstumo.

Los atributos intelectuales se forjaban en la austeridad. La vida en la verdad propiciaba la dieta sentimental, no engolosinarse con los halagos y el oropel, no hacerse adicto al dinero, no dejarse llevar por las veleidades del corazón, concentrarse en los medios y elevar las fuerzas para la obtención de los objetivos. Los individuos que cambian las sociedades se enclaustran y acuartelan en un monasterio donde no existe la piedad para con ellos mismos.

Igual que don Alonso Quijano, Eligio Ayala fue un hombre modificado por los libros. En función del gobierno y en la política, los pensamientos profundamente meditados eran la horma en la que encuadraba sus decisiones y su proceder.

El vínculo familiar y el compañerismo fraternal solo lo compartió con personas seleccionadas con estricto criterio de lealtad. Con su gemelo, Emilio, se llevaba de maravilla; y a su madre, Manuela, la idolatraba. La correspondencia

epistolar atestigua que los sentimientos hacia ellos no quedaron inexpressados.

Era directo, franco y auténtico en sus relaciones interpersonales. Nunca tuvo confidentes. La lógica que utilizaba para abordar la cuestión de Estado intimidaba a sus colaboradores. Consideraba que las mujeres estaban de paso para satisfacer necesidades fisiológicas. No creía en el amor.

Educado en la pedagogía del Estado

El periplo vital de Eligio Ayala corrobora que gobernar a los demás era menos complicado que gobernarse a sí mismo. El final que le tocó demuestra que la cadena más difícil de soldar era la de los afectos, la que se había roto por una ficha movida a destiempo. Toda su vida ejerció la vocación de mujeriego. Siempre piropeaba y, con ínfulas de seductor, acometía sus aventuras. Retraído y ensimismado, la cercanía de las mujeres, sin embargo, desalojaba el pudor. En Encarnación, donde fue a estudiar la secundaria, a los trece años conoció la voluptuosidad femenina de la mano de la mucama que servía donde él había hallado refugio.

Si una muchacha le gustaba, no ponía reparos y franqueaba cualquier obstáculo para captar su atención. Las arremetidas sentimentales eran constantes pero breves. A la larga perduraban las obligaciones del Estado por sobre el hecho de amar y ser amado. Nunca omitió, por el afán del enamoramiento, objetivos trascendentales. Era imposible que pudiera ensamblar en un mismo plan de vida las facetas del estadista previsor y el hombre enamorado.

Ya de adolescente gravitaban precozmente en sus pensamientos los asuntos políticos, filosóficos y estéticos. Escrutaba

en el medio social y ningún evento escapaba a su curiosidad. De niño intuyó que las leyes de la naturaleza y las de la convivencia humana se retroalimentaban. Pensaba que la libertad se oponía a la opresión, pero no a la necesidad.

Fue lúcido, precavido y de una honestidad diamantina en la dirección de la cosa pública, pero su prestigio y su gestión de estadista se condescendieron con la anemia sentimental que marcó su vida particular. Era una individualidad bifurcada en dos geografías que no se comunicaban. Consideraba que los instantes gratificadores eran efímeros y fugaces. Y que así debían permanecer para no provocar efectos distractivos.

Las urgencias eran las necesidades del Estado y no las del alma. Las prerrogativas les correspondían a los asuntos públicos y las cuitas privadas ocupaban un establo inferior.

Dedicaba jornadas enteras a evaluar y medir las consecuencias de los expedientes que se tramitaban en su instancia. Daba instrucciones nítidas, evitaba revolcarse en el énfasis.

Discriminaba lo urgente de lo necesario, no dejaba nada en barbecho. Garabateaba sus reflexiones estatales con una tinta luminosa e indeleble. Sin embargo, para las materias que orbitaba en la intimidad utilizaba una tinta pálida y más económica. Así era de minucioso en el ahorro y las erogaciones de las arcas públicas.

Cuando alguien no le caía bien, practicaba la ineptitud de no simpatizar. Atesoraba los recursos a costa de ser antipático en un ambiente en el que medrar del Estado era moneda corriente. En una oportunidad increpó despóticamente a supreciado tío José del Rosario Ayala Bareiro, quien se había subrogado su paternidad putativa, debido a exiguas y tímidas liberalidades en las que había incurrido: no haber asignado escuálidos fondos a los fines establecidos o haber utilizado el

sobran de tres latas de pintura para colorear su casa. Reaccionó jacobinamente con un:

—El próximo error te costará la libertad.

Amenaza que cumplió cuando, frente a una nueva falta, lo puso bajo arresto.

Eligio lideraba y efectuaba las reformas pendientes con el máximo grado de responsabilidad histórica y ética. En su vínculo con las mujeres propiciaba complacer solamente sus deseos. Cuando se sentía satisfecho y se acuartelaban de nuevo en su cerebro las preocupaciones del Estado, despachaba a sus compañías femeninas de forma rústica. Tuvo varios hijos con diferentes mujeres, pero con ninguna de ellas ni con ningún descendiente mantuvo una relación de camaradería, espontánea o intimista. Los quebrantos, las vigiliadas, las migrañas y los malestares estomacales eran causados por los quebrantos políticos. No haber podido dotar de un Banco Central y una moneda nacional lo desveló hasta sus últimos días.

Sin duda el padre ausente fue la primera amputación emocional. Mariano Sisa no lo reconoció ni le cedió el apellido. Tampoco lo introdujo en el mundo de los hombres ni al de los adultos. El hermano de Manuela José del Rosario suplió al padre ausente. En una oportunidad sucedió una circunstancia que retrata fehacientemente la psicología de Eligio Ayala. Una mañana, el hispano Mariano Sisa se apersonó y se identificó como el padre del presidente en ejercicio. La guardia y los funcionarios del protocolo no quisieron arriesgar sus puestos con una actitud que revelara un dejo de hostilidad. Las puertas se le abrieron y el visitante orondo caminó hacia el despacho de su hijo que, al verlo, se dirigió hacia él. Rechazó los saludos y le espetó:

—Usted nunca antes mostró un gesto o una preocupación por mi madre, por mi hermano o por mí. Jamás le pedimos asistencia y hoy, menos que nunca.

Cuando el padre quiso dar sus explicaciones, el hijo le prohibió que pronunciara una sola palabra. No permitió que lo abrazara y le ordenó que se retirara del recinto:

—Los que no son bienvenidos entran por la puerta, pero al retirarse salen por la ventana.

Hijo del exilio y del deber

El adiós a su madre y a su hermano lo recordaría la vida entera como el momento en el que fue abordado por una irrefrenable necesidad de amor. Incluso con una bala en los intestinos en los minutos previos a su deceso, recordaría ese adiós. La vecindad de la muerte no lo amedrentó, pero la imagen de Manuela y Emilio, el corretear con los pies descalzos en la chacra, el aljibe y el árbol de lapacho que había plantado, no se le borran de la memoria. Como campanas tañendo, la voz de la madre y la dulzura que reflejaba su rostro lo distraían en su silente agonía.

Después del tiroteo del 24 de octubre de 1930, cuando caminaba hacia la estación de taxi, sus menguadas fuerzas abovedaban como relámpagos los breves recuerdos felices de su infancia. Solo en esa etapa sintió la libertad que la naturaleza le garantizaba, además de experimentar la ternura en los brazos de su madre. De pequeño lo enfadaba la vileza de aquellos que menospreciaban a Manuela por ser madre soltera y blasfemaban los hábitos castos de los Ayala de Mbuyapey.

Manuela de Jesús descendía del vasco Juan Ignacio Ayala. Sus progenitores fueron José del Rosario Ayala Quintana y Escolástica Bareiro, quienes la educaron con los patrones

religiosos y sociales de la época. Quedó embarazada a los treinta años. El ala conservadora de la familia la despreció y la hizo parir en la cocina, asistida por la cocinera. La mujer que obró de partera, a la hora de haber nacido Eligio, notó que en el vientre de la embarazada se movía otro ser.

La madre soltera y sus gemelos fueron excluidos del caserón, relegados a la cocina y a una habitación del fondo. El rigor de esa sanción familiar laceró y contagió un resentimiento en el corazón del después dos veces presidente. Esta situación se revirtió gracias a la intermediación de los hermanos de Manuela, José del Rosario y José de la Cruz, alias Alón, quienes exigieron que la hermana recuperara su dormitorio y se la tratara como lo que era: una mujer afanosa y dignísima de ostentar el apellido Ayala. Para ambos, la hermana menor no había mancillado el apellido y el embarazo no era el resultado de la conducta disoluta. Incluso José del Rosario esgrimió que los retoños podrían llegar a ser personajes fundamentales para la república. Subrayaba que la guerra contra la maldita Triple Alianza había diezmado al Paraguay, lo que conllevaba que hubiera muchas mujeres para los pocos hombres sobrevivientes de la guerra de exterminio.

Eligio, al graduarse de abogado, empezó un itinerario que lo llevaría a ejercer fugazmente la defensoría de reos, la acusación pública en su rol de fiscal, la judicatura civil y la presidencia de la Cámara de Diputados. Su actitud disidente con el golpe del general Albino Jara en enero de 1911, lo decidió a emprender un viaje de estudio a Europa. Fue un viaje que duró nueve años y lo preparó para dirigir la hacienda pública y ocupar los cargos que luego ostentó. Se había emplazado y conminado a hacer de sí mismo un erudito y docto en los asuntos públicos. Consideraba que para

tomar las riendas del Estado debía acaparar conocimientos en economía, finanzas, cuestiones agrarias, política exterior, cultura general y dominar varios idiomas. Consideraba que tenía que dotarse de recursos retóricos y dominar la palabra escrita. Para manejar la maquinaria del Estado se debían desalojar de la mente las quimeras y tener los pies puestos en la tierra. Quien gobernara debía ser solvente en las materias que afectaban a la comunidad.

Cuando abandonó la cercanía familiar para empeñarse en los estudios superiores, ya estaba embarcado en el plan de no dejarse evangelizar por la comodidad y el medio pelo. Confiaba que tenía la madera para convertirse en una figura gravitante, un hombre de Estado de la magnitud y la estatura ética de un estadista del Viejo Mundo o de la norteamérica anglosajona. El modelo estándar del criollo ladino y desfachado no lo convencía. En la etapa de formación, urdió la idea de que lo privado no interfiriera en la gestión estatal.

Manuela aguijoneó en Eligio la osadía y el pensamiento de que el origen social o lugar de nacimiento no determinaban el destino de los hombres que hacían girar las ruedas de la historia. Le recordaba que cuando él había nacido, apreció en su llanto una advertencia para el mundo. El estoicismo la llevó a declarar que los límites no eran los que las circunstancias externas imponían, sino los que uno mismo validaba. La madre inculcó en el hijo la idea de la excelencia. Le inculcó el concepto de que los vientos no se dominan, pero se debe adivinar hacia dónde soplan. Para eso servía la educación: para visibilizar lo invisible y predecir instantáneamente lo que después resultaría asequible al razonamiento. El estudio y el conocer otras culturas y países lo ayudarían a perfilarse como alguien imprescindible.

Eligio Ayala era consciente de que, a pesar de estar inmerso en un ambiente tosco y sórdido, tenía que limar aspectos de su formación que le permitirían acentuar su vocación de gobernante. Era consciente de su deseo de transcendencia, de ir más allá de él mismo. No lo acobardaba estar sumergido en un lodazal, y aceptaba, con beneficio de inventario, los bueyes con los que tenía que arar.

Impugnaba la resaca y las secuelas de la Guerra Grande. La contienda había abortado un proyecto de Nación y el país navegaba en las aguas de la incertidumbre. Lo imbuía el pensamiento de que el Paraguay no había perecido o no había muerto porque no se fatigaba la valentía de su pueblo. Quienes quisieron, lo escucharon afirmar que Paraguay era un destino. Denominaba lo sucedido: la fatalidad de los pueblos olvidados por Dios. Durante la postguerra las heridas no cicatrizaron y el país se estancó. El antídoto contra la debacle fue la instalación de una enflaquecida institucionalización que enmascaraba una desolada realidad. La aciaga situación propiciaba la cultura caudillista de la conspiración y los cuarte-lazos. El presente nacional no lucía rozagante. Ayala entendía cuál era el andarivel por el que progresaban las naciones; no se dejaba seducir por el optimismo fácil. El país se hallaba en régimen de supervivencia y él, cuando ejerciera la presidencia, sabría que la guerra contra Bolivia era inevitable, por lo que habría que armar y financiar el próximo sacrificio bélico.

En Europa había comprendido que los problemas fronterizos eran el principal causante de las guerras. A causa de ello siempre desmitificaba el cinismo disfrazado de optimismo.

Volviendo a su juventud, las aspiraciones académicas y el afán de esmerarse para convertirse en universitario lo obligaron a retirarse del ambiente en el que había nacido.

El desarraigo y la separación de Manuela y Emilio abrió una herida que jamás cauterizó. Saturó su vida de sentido político y vació los cauces sentimentales. Dispuso que todo su ensimismamiento, retraimiento y disciplina serían guiados por los anhelos de convertirse en la pieza gravitacional de la reorganización nacional. La columna vertebral de sus acciones fue siempre la razón. La abnegación no implicó que olvidara sus raíces, su cuna, la consanguinidad con Emilio y la tibieza de los besos de Manuela.

A través del testimonio de la madre y de otros familiares se enteró de que sus parientes habían sido apuñalados y degollados de manera sanguinaria, impudorosa y abyecta durante la guerra del Paraguay contra Argentina, Brasil y Uruguay . Durante toda su vida sintió el crimen de la guerra como una herida abierta. Su prodigiosa memoria nacida en el dolor le permitía musitar con congoja y melancolía los versos del poeta argentino Carlos Guido Spano:

*¡Llora, llora urutaú
en las ramas del yatay,
ya no existe el Paraguay
donde nací como tú!*

*¡Llora, llora urutaú!
vino la guerra y su saña
no ha dejado nada en pie...*

*¡Padre, madre, hermanos! ¡Ay!
Todo en el mundo he perdido;
en mi corazón partido
solo amargas penas hay...*

*De un verde ubirapitá
mi novio que combatió
como un héroe en el Timbó,
al pie sepultado está...*

*¡Por qué, cielos, no morí
cuando me estrechó triunfante
entre sus brazos mi amante
después de Curupaití!*

*¡Llora, llora urutaú
en las ramas del yatay;
ya no existe el Paraguay
donde nací como tú.*

Nunca perdonó el ensañamiento contra el Paraguay. Las preguntas sin respuesta lo acuciaban. ¿La guerra del Paraguay era solo contra López? ¿Por qué desolaron la patria? ¿Por qué el genocidio? Fustigaba la falta de humanidad de los vencedores en el trato con la Nación extenuada y al borde de la extinción. En las horas postreras de las belicosidades se seguían cometiendo hurtos y homicidios para diezmar a la población sobreviviente que en ese momento estaba mayormente conformada por mujeres y menores de edad. Ayala albergaba incordias contra los vecinos. Acreditaba que los vencedores de la guerra grande querían aleccionar al Paraguay y que bastardamente pensaban que la letra con sangre entra. No bastaba con castigar o matar a los responsables, había que asesinar a los inocentes. No solo había que ejecutar a los culpables; impresiona más la ejecución de los inocentes. Las tropas de ocupación cometieron atrocidades contra una

población de harapientos, hambreada y desgarrada en su sentimiento de Nación.

En los primeros días de enero de 1869, las tropas brasileñas tomaron Asunción. La capital fue saqueada. Las mujeres paraguayas fueron violadas y algunas, como en la antigua Roma en el rapto de las sabinas, fueron secuestradas y llevadas al Brasil como esclavas, damas de compañía o sirvientas. El ejército argentino se instaló en la Villa occidental situada en territorio chaqueño. Los rioplatenses reivindicaban el Chaco para ellos. La ocupación se desplazó hacia el sur del río Pilcomayo. El exgobernador Carlos Jorge Fontana fundó en el extremo noreste la ciudad de Formosa.

Un diplomático rioplatense comparó a Eligio Ayala con el doctor Gaspar Rodríguez de Francia. Estableció una semejanza en la que procuraba demostrar que los dos próceres se semejaban en su inteligencia y en sus vastos conocimientos. La superioridad intelectual los conducía a menospreciar a sus coetáneos. Amaban la soledad y la utilizaban como pretexto para el cultivo intelectual. Para ambos la idea de Nación no tenía como referencia el colectivo humano. La Nación no era el pueblo, era una necesidad y la justificación metafísica de la historia. Se retiraban para que se sintiera la ausencia de su experta capacidad de guiar y hallar la solución a los dilemas estatales. Estaban poseídos por un resentimiento justificado contra los dos gigantes.

Rodríguez de Francia ideó y materializó la independencia y consolidó la soberanía. Ayala presidió un Estado despedazado que luchaba desde las cenizas para volver a ponerse en pie. Francia entendió la independencia como un capítulo de su poder personal. En contrapunto, Ayala nunca digirió el ultraje y la muerte de sus compatriotas. La voluntad

genocida incoó en Ayala la desconfianza y el rencor hacia los usurpadores.



Manuela relató a Eligio la forma feroz y bastarda en que la soldadesca conformada por aliados y legionarios ultimó a su padre y al mayor de sus hermanos. En diciembre de 1869 reinaba la paz en Ayala Guazú. José del Rosario Ayala Quintana y su hijo mayor, Juan Bautista, se hallaban labrando la chacra, cerca de la casa, cuando vieron a un peón que se acercaba corriendo. En su rostro se reflejaba el miedo. Al principio, padre e hijo no entendían lo que el empleado venía vociferando. En esa mañana soleada y fresca, el rostro angustiado, la voz inescrutable y el jadear ininterrumpido alarmaron a la familia Ayala. A medida que el portador de la mala hora se aproximaba, los residentes de Ayala Guazú entendieron que gritaba «*o'uma kamba*». La madre de Manuela clavó los ojos de águila en el hombre y, sin meditar, tomó a los hijos menores y a las sirvientas. Ordenó que la siguieran y, sin chistar, todos subieron a esconderse en el sobrado de la casa. La madre temía que fueran violados, maniatados y golpeados. Se acucilló y ordenó que taparan las bocas de los menores para que los asaltantes no escucharan llantos, gemidos o cualquier expresión de lamento. La habitación se ventilaba a través de un orificio redondo desde el cual se divisaba la chacra y a través del que Manuela y los hermanos menores fueron testigos de cómo los intrusos asesinaron al padre y al primogénito sin que estos pudiesen oponer resistencia.

Describieron lo acontecido y lo calificaron de un acto de crueldad inefable e impúdico. Contaron que cuando la banda

de soldados se acercaba, el padre, tratando de mostrarse amigable, los saludó con una sonrisa y moviendo el sombrero con la mano. La respuesta inmediata e inesperada fue la de un puñal en la garganta y una sucesión de puñaladas. De rodillas en la tierra, José del Rosario Ayala Quintana se mantuvo firme hasta que cayó a un costado. El hijo probó con intermediar para frenar la matanza, pero de atrás alguien lo tomó de la frente, lo inmovilizó y circuló el cuchillo a lo largo de la garganta. Sin protocolos, ambos hombres fueron, luego, desollados.

Desde la casa, la madre y las sirvientas tapaban las bocas de los menores. Una de ellas casi dejó sin respiración a Manuela, quien no podía contener el llanto. La madre la tomó en sus brazos y la obligó a que reposara la boca en su pecho. Se mantuvieron escondidas hasta que se hizo de noche y los forajidos abandonaran el hogar. Las mujeres bajaron al lugar del asedio. Temblorosas, determinaron no dar sepultura a los muertos. Tomaron lo imprescindible y corrieron a esconderse en la tupida vegetación que se ubicaba detrás de la arboleda que rodeaba la casa central. Al día siguiente los facinerosos volvieron para llevarse lo que restaba de utilidad y valor. Las repercusiones de este relato perdurarían durante toda la vida de Eligio Ayala.

El período subsiguiente a la Guerra Grande se caracterizó por una situación política cuyos protagonistas eran caudillos codiciosos, aventureros e incluso temerarios. La constante fueron la vacilación y las rupturas institucionales, los endeudamientos, los desequilibrios presupuestarios, los complots armados, el rezago social, el atraso económico y la convivencia atávica. La lógica de lo fáctico se sobreponía a las disposiciones normativas. El derecho se violentaba por vía de hecho.

Como todos los de su generación, Ayala se resistía a entonar los himnos brasileño y argentino antes o en lugar del paraguayo. Consideraba una afrenta que los vencedores expresaran su tutelaje imponiendo al vencido sus símbolos. Asemejaba este vejamen a lamer las botas o a la ofensa romana del *sub iugum mittere*. En la concepción de Ayala, había que sanar y revertir las secuelas de la hecatombe, pacificar, ordenar y preparar el Paraguay para la nueva guerra que se avecinaba.